

HISTORIAS, REVUELTAS

Juventud, diversidad
y derechos humanos

TEXTOS DE EDGARDO BERMEJO

ILUSTRACIONES DE JOHN MARCELLINE





EDGARDO BERMEJO MORA es historiador, escritor y periodista, especialista en diplomacia cultural y gestión cultural internacional. Es Licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. En el año 2000 fue corresponsal del sureste asiático para Notimex y ha sido colaborador en diversos diarios nacionales. Entre 2002 y 2011 ocupó los cargos de agregado cultural de las Embajadas de México en China y Dinamarca. Como parte de su trayectoria literaria, destaca la publicación de la novela *Marcos'Fashion, o de cómo sobrevivir al derrumbe de las ideologías sin perder el estilo* (Editorial Océano, 1997), obra que mereció el Premio Nacional de Novela Política de la Universidad de Guadalajara. En 2011 se desempeñó como Director de Publicaciones del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) y posteriormente como Director General de Asuntos Internacionales del CONACULTA. En 2013 el Consejo Británico de México lo nombró Director de Arte y Cultura, cargo que desempeña hasta la fecha. Actualmente es también columnista del periódico *La Crónica*.

INSTITUTO NACIONAL ELECTORAL

CONSEJERO PRESIDENTE

Dr. Lorenzo Córdova Vianello

CONSEJEROS ELECTORALES

Lic. Enrique Andrade González

Mtro. Marco Antonio Baños Martínez

Mtra. Adriana Margarita Favela Herrera

Dr. Ciro Murayama Rendón

Dr. Benito Nacif Hernández

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Dr. José Roberto Ruiz Saldaña

Lic. Alejandra Pamela San Martín Ríos y Valles

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

SECRETARIO EJECUTIVO

Lic. Edmundo Jacobo Molina

CONTRALOR GENERAL

C.P.C. Gregorio Guerrero Pozas

DIRECTOR EJECUTIVO DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

Historias, revueltas. Juventud, diversidad y derechos humanos
Primera edición, 2017.

TEXTOS: Edgardo Bermejo Mora

ILUSTRACIONES: Rosaura Muñoz Espinosa (John Marcelline)

COORDINACIÓN EDITORIAL: Teresa Vicencio Álvarez

DISEÑO: Tomás Becerril

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Adriana del Río Koerber

D.R. © 2017, Instituto Nacional Electoral

Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,

Col. Arenal Tepepan, 14610, México, Ciudad de México.

ISBC de la colección: 978-607-9218-99-7

ISBN: 978-607-8510-47-4

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

Historias, revueltas

Juventud, diversidad y derechos humanos



Textos de Edgardo Bermejo Mora

Ilustraciones de John Marcelline

PRESENTACIÓN

Historias, *revueltas* es una propuesta literaria que, como parte de la colección **Árbol**, el Instituto Nacional Electoral pone a disposición de lectores jóvenes con la intención de promover el gusto por la lectura a través de textos que nos introducen en temas de formación ciudadana y valores democráticos.

Esta publicación se inscribe en el marco de la Estrategia Nacional de Cultura Cívica 2017-2023, que busca contribuir al fortalecimiento de nuestra democracia, reconociendo que es necesario generar las condiciones para que las y los ciudadanos participen más activamente en los acontecimientos de interés público y se conviertan en los actores principales de la vida política de México, tal como lo señalan nuestros derechos constitucionales. Este objetivo es aún más pertinente en el marco de la celebración que este año nos ocupa: el centenario de nuestra Carta Magna.

Este volumen reúne cuatro relatos inspirados en las vidas de mujeres que, quizá sin darse cuenta, se volvieron defensoras de los derechos fundamentales de algunos grupos sociales: Asadeh Mirbali es una funcionaria del consejo electoral de Irán; Jane Obin-chu dirige una pequeña escuela rural en Kenia; Nélida Ayay Chilón es una abogada que vive en una región

andina al norte del Perú, y Bekki Perriman, una fotógrafa y artista visual británica residente en Londres.

Además de la juventud, ¿qué tienen en común estas cuatro mujeres que viven en lugares tan remotos y disímiles? Ellas encarnan una tradición ancestral: la que nos permite saber que la juventud no solo es una etapa biológica, sino también una actitud de vida, un tiempo aguerrido y vital en el que el compromiso social para mejorar nuestro entorno, la defensa de nuestros derechos, así como la resistencia frente aquello que es injusto, resumen y edifican el temperamento juvenil. Juventud, interculturalidad, derechos humanos y empoderamiento son elementos que circulan a lo largo de estos relatos. En cada página se reafirma la sentencia del escritor estadounidense Ambrose Bierce: la juventud es el periodo de lo posible.

Con esta publicación, ofrecemos también a los educadores una guía para la reflexión grupal y el trabajo de análisis. En estos ejemplos de acción queremos que los jóvenes mexicanos se descubran a sí mismos como sujetos y como gestores de los derechos humanos según las garantías constitucionales y que participen en la mejora del entorno nacional para construir un mejor futuro para todos.



La recolectora de votos

A penas clareaba el día en la isla de Abu Musa cuando el ruido lejano de una avioneta bimotor irrumpió la apacible y brumosa mañana de esta pequeña isla localizada en el extremo oriental del Golfo Pérsico, también conocido como el estrecho de Ormuz. Con apenas mil habitantes, o menos, Abu Musa es uno de los puntos geográficos más remotos e incommunicados de Irán.

Desde su puesto de guardia, en una de las playas de la porción sur de la isla, un soldado observa la escena. Una vez que la nave tiene la seguridad de volar sobre tierra firme, se abre una de sus compuertas y algo parecido a una caja sujeta a un paracaídas es arrojada desde las alturas. Nasim Abidi, el joven miliciano que no ha dejado de observar mientras la avioneta se aproxima, se levanta de un salto y corre de prisa mientras el paracaídas continúa, casi ingrátido,

su lenta trayectoria hacia el suelo. Nasim alcanza por fin el paquete cuando apenas ha tocado suelo y procede a su apertura con la seguridad de quien conoce su contenido. Lo destapa con la ayuda de un martillo y un desarmador, y de él extrae una bolsa retacada de papeles y una caja pequeña de cartón blanco con una ranura en la parte superior. Es la mañana del 18 de febrero del año 2000 y en todo el territorio de Irán se celebran elecciones parlamentarias. Lo que acaba de recoger el joven soldado son las boletas y la urna electorales enviadas por las autoridades para que los habitantes de Abu Musa ejerzan su derecho al voto.

No es una elección cualquiera. El grupo reformista y moderado que dirige Mohammad Jatamí encabeza las preferencias y, en caso de obtener el control del Congreso, será la primera vez desde la Revolución Islámica de 1979 que un grupo político no conservador acceda al

poder. Y pese a la importancia de esta jornada electoral, casi nadie en Abu Musa se ha dado por enterado.

A pesar de sus pocos habitantes, a la isla la cruzan diversas lenguas. La mayoría habla farsi o persa —la lengua oficial del país—, pero también hay quien habla azerí, o kurdo, o árabe. Abu Musa es una diminuta porción asoleada de tierra seca rodeada de un mar calmo, pero la habitan tantas etnias y lenguas como si fuera una pequeña Babel.

Ya venía de regreso el miliciano cuando vio que un punto negro apareció en la distancia e iba creciendo y aclarándose a su mirada. Él no lo sabía aún, pero aquella aparición era la de la joven de Teherán, Asadeh Mirbali, cubierta de pies a cabeza con un chador negro, que pedaleando su bicicleta se aproximaba jadeante al puesto de guardia cuando pasaban apenas las ocho de la mañana. Nasim tampoco lo sabía, pero aquella mujer que se aproximaba era la enviada de la Comisión Electoral para encargarse de recolectar los votos de los habitantes de la isla. A sus escasos 22 años, Asadeh —que en farsi significa “libertad”— había llegado por barco la noche anterior para ejercer su papel de funcionaria electoral. Estudiaba en la Universidad de Teherán y podría decirse que era una digna representante de los nuevos tiempos que se vivían en el país.

Era toda una novedad que una mujer hubiese sido nombrada para tal función, y eso fue lo primero que llamó la atención incómoda del

miliciano, que esperaba la llegada de un hombre para hacerse cargo de la encomienda. A pesar de que al principio se resistió, no tuvo más remedio que acatar de mala gana las órdenes y asumir su tarea, que era la de acompañarla y transportarla en un jeep militar por toda la isla para recolectar los votos. Y es que los procesos electorales en Irán son muy flexibles aunque complicados. En la mayor parte del territorio nacional es posible instalar casillas para que los votantes acudan; sin embargo, en las zonas aisladas y remotas persiste el sistema de recolección previsto por la ley. Este esfuerzo que el país hace, a pesar de todos los fenómenos políticos y religiosos que se presentaron a partir de la Revolución de 1979, sólo es posible gracias a la participación de voluntarios. Ahora se trataba de una voluntaria... de una joven que llegaba a cumplir su cometido.

Así, refunfunando, con el fusil al hombro y su uniforme verde olivo algo deslavado, Nasim tomó el volante de aquel vehículo maltrecho y pensó para sus adentros que se le avecinaba un día difícil. Convivir por horas con una mujer de la capital era algo con lo que no estaba familiarizado en modo alguno, y menos habría imaginado que esa mujer le iba a dar órdenes. Ni siquiera se atrevía a dirigirle la mirada cuando cruzaban palabras, se sentía completamente incómodo.

Asadeh, en cambio, estaba apurada e inquieta. Se hacía tarde y había que visitar decenas de sitios señalados en un mapa en busca de votantes. Se recogió el chador como pudo para sentarse



en la parte posterior del jeep descapotado, colocó la urna, las boletas y emprendieron la marcha.

Abu Musa parecía un territorio desierto. Sin caminos pavimentados, iban a trompicones pasando entre matorrales y tierras calizas abrazadas por el sol. De cuando en cuando la brisa del mar refrescaba un poco, de cuando en cuando

un bache en el camino los hacía saltar, y poco a poco se fueron relajando, y poco a poco trabaron conversación.

A decir verdad, Nasim no entendía bien para qué carambas servía votar. Con 26 años de edad y cinco de miliciano, de los cuales la mayor parte del tiempo los había pasado sin hacer gran



cosa en su puesto de guardia viendo al mar, los asuntos de la política le resultaban ajenos. “¿Y por qué tenemos que votar?”, le preguntó. “No tenemos —respondió ella—, no es una obligación, es un derecho, y si elegimos a los que nos gobiernan podemos entonces exigirles que resuelvan los problemas que tenemos y que cumplan con lo que prometen”. Él asintió más bien incrédulo, se quedó pensativo. Al rato volvió a preguntar: “¿Y los contrabandistas y ladrones que merodean estos caminos también pueden votar?”. “Todos —afirmó Asadeh—, el voto es universal; siempre y cuando sean ciudadanos de Irán, tengan identificación y edad de votar, hoy todos pueden participar”.

Se hizo de nuevo un silencio largo, lo único que se escuchaba era el motor de aquel trasto viejo que se movía de milagro, cuando de pronto, a la vera del camino, vieron cómo un hombre corría a toda prisa, como huyendo de su encuentro. Nasim hizo sonar la bocina del jeep varias veces, después detuvo la marcha, se apeó del vehículo, tomó su fusil y a gritos le ordenó que se detuviera.

“¡Pero qué haces! —le gritó ella— ¡Así no se buscan los votos, no con un fusil en la mano! ¡Ese hombre debe estar aterrado!” Mientras tanto, aquel hombre en efecto detuvo la carrera; se quedó paralizado por el miedo y la sorpresa. Fue la propia Asadeh quien se acercó caminando a él, le pidió disculpas, le explicó la situación y lo invitó a votar. Sacó de la bolsa una boleta

muy simple, apenas un papel recortado con ocho nombres impresos y le pidió que eligiera dos nombres, doblara la papeleta y la metiera en la urna. El hombre consintió en votar con la sola condición de que el militar se mantuviera alejado. “El voto es secreto”, dijo, ya más tranquilo. Entonces le mostró a Asadeh su identificación: era un profesor rural oriundo de Isfahán, tenía estudios y sabía lo suyo, no huía de nadie, solamente apuraba el paso para llegar a tiempo a la mezquita. Asadeh le puso un sello a su identificación en cuanto depositó la boleta. Aquél fue el primero de los muy pocos votos que habría de recolectar durante el día.

El soldado y la joven retomaron el camino, y al poco los alcanzó un camión de carga del que se bajó un hombre moreno, de un bigote espléndido. “¿Es usted la agente electoral?”, preguntó. Entonces de la parte trasera del camión descendieron cerca de 15 mujeres de todas las edades, todas ellas con hiyabs cubriéndoles la cabeza y algunas incluso con las máscaras tradicionales de las mujeres bandari, que es la forma más conservadora para que ellas salgan a la calle y ni siquiera sus rostros puedan ser vistos por nadie que no sea otra mujer. El hombre del bigote tenía en la mano los carnets de identidad de todas y pensaba simplemente indicarle a cada una de ellas por quién debían cruzar la boleta, pero Asadeh se lo impidió. Cada una tendría que votar en secreto y con libertad.

Había, sin embargo, otro problema: la mayoría eran analfabetas y algunas tampoco hablaban persa. Para el primer obstáculo Asadeh tenía la solución: se tenían previstos estos casos, por lo cual otra forma de votar era usando otro tipo de boleta con los rostros de los ocho candidatos, de modo que el elector pudiera cruzar la foto de su elección. Una de las mujeres ayudó a traducir del persa a la lengua árabe, que se habla en el Golfo Pérsico, las indicaciones de la agente electoral. Se formaron sin descubrir nunca sus rostros y finalmente votaron.

En la fila estaba formada una pequeña niña que mostró su identificación, tenía 12 años. Asadeh tuvo que explicarle a ella y a su madre que no estaba en edad de votar, la edad mínima era 16 años.

Más tarde, Asadeh y Nasim retomaron el camino de la costa y llegaron a un muelle, pero las barcas de pescadores ya habían zarpado a esa hora y no tuvieron más remedio que montarse en una lancha y remar mar adentro para recolectar los votos marineros. Se demoraron más de una hora en esta tarea, pero así estaba trazada la ruta, y Asadeh no estaba dispuesta a dejar a nadie sin la oportunidad de votar.

Cuando regresaron a tierra ya los esperaba un nutrido grupo de votantes, todos ellos de origen kurdo, de manera que Asadeh tuvo que pedir la ayuda de un intérprete. Sacó, como en todos los casos, la lista de candidatos y las papeletas

explicando que ahí aparecían los nombres autorizados por el Consejo Electoral. El grupo kurdo revisó la lista de arriba abajo una y otra vez. “Aquí no aparecen nuestros candidatos”, explicó uno de ellos al intérprete, que a su vez se lo comunicó en persa a Asadeh. “Lo siento, son los candidatos autorizados, no hay más”, explicó ella. Decepcionado, el grupo entero se dio la media vuelta y se marchó. La minoría kurda en Irán había estado excluida por mucho tiempo del juego político y esto era un asunto que seguía sin resolverse.

Así anduvo Asadeh el resto de la mañana y hasta ya entrada la tarde, cargando por todas partes la urna blanca, exponiendo su cuerpo desnudo a los rayos del sol, con la mirada segura y la sonrisa a flor de boca que ofrecía a cada persona a la que le pedía ejercer su voto. Ni siquiera se dio tiempo para almorzar; con agua se mantuvo casi toda la jornada, envuelta como estaba en aquel chador negro que debía asfixiarla de calor.

Tocó y tocó puertas cada vez que el jeep del miliciano Nasim la ponía frente a uno de los tantos caseríos que salpican la isla. Muchas veces no le abrían, otras la dejaban con la palabra en la boca. Se encontró en el camino con un grupo de pastoras de cabras. “No podemos votar —le contestó una de ellas—, no tenemos el permiso de nuestros maridos”. Asadeh ya no insistió más, aceptó en cambio una taza de leche fresca de cabra y continuó su tarea.

Entonces se encontró en el camino una choza rústica y casi en ruinas habitada por un anciano.

Nasim no podía creer que aquí también ella quisiera detenerse; su obstinación comenzaba a desesperarlo, pero debió parar. Ella, más que insistirle, le ordenó que parara, algo que de verdad lo perturbaba.

El anciano resultó ser un religioso devoto. “Solo Dios puede cambiar el destino de la gente —le dijo—; ningún político, ningún partido, pueden estar por encima de Dios. Para qué votar, si la voluntad de Dios es única”. Pese a todo, el anciano amablemente aceptó entrar en la choza por su identificación, tomar una boleta en sus manos y votar. Entonces tachó el nombre de los ochos candidatos de un plumazo y en la parte superior de la boleta escribió: “voto por Dios, es el único candidato que conozco”.

Uno de los últimos puntos marcados en el mapa de la autoridad electoral era un conjunto de casas en el extremo poniente de la isla cuyo aspecto era notoriamente mejor que el del resto. Digamos que era el barrio de los más acomodados: un conjunto de 10 o 12 viviendas por donde paseaban niños y unas cuantas mujeres. En cuanto vieron llegar al jeep militar todos corrieron a sus casas. Sólo un joven que deambulaba por ahí le explicó a Asadeh que en aquel lugar mandaba la abuela Gudu, la matriarca de aquellas familias; nada pasaba ahí sin su consentimiento. Pidió hablar con ella, pero le dijeron que esperara, que estaba indispueta. En la espera, cada tanto se asomaban por las puertas y ventanas las mujeres llenas de curio-



idad. Luego de casi una hora, cuando ya era inminente retirarse para acabar con el recorrido, el joven salió de nuevo con un atado de comida. La abuela Gudu le mandaba el almuerzo, pero le advertía que se marchara, que nadie habría de salir a votar, que todos los hombres de la comunidad andaban fuera trabajando. Asadeh aceptó sin chistar y regresó al jeep donde la esperaba impaciente el miliciano. “¿Qué pasó aquí?”, le preguntó. “Nada —respondió ella—, hay que irnos, aquí no tiene caso que voten, ya tienen su propio gobierno”.

Ambos estaban ya muy cansados y aún faltaba el último punto del recorrido: una fábrica de cemento al centro de la isla. “Ahí no vas a obtener casi nada —le dijo Nasim—; casi todos son extranjeros, afganos, yemenitas, iraquíes..., gente muy pobre que se parte el alma por unos riales”. “No importa —le respondió—, si ha de ser un voto más que así sea”. Cuando por fin llegaron, Nasim prefirió quedarse en el jeep. La vio bajarse con la urna en las manos, como siempre, caminar hasta la entrada de aquella pequeña fábrica tan ruidosa que no pudo escuchar lo que ella con-

versaba con el capataz. Aquel hombre iba de un lado a otro sin detenerse, mientras que Asadeh caminaba unos pasos detrás de él tratando de explicarle el motivo de su visita. Era notorio que aquel hombre no le prestaba atención y que le molestaba su presencia. Una mujer que se aparece con una caja en medio de la faena debió parecerle una total insensatez. Nasim observó cómo ella se dio por vencida, la vio darse media vuelta y regresar casi furiosa al automóvil. “Vámonos —le dijo—, este hombre ni siquiera quiso escucharme”. A Nasim le brotó de pronto un sentimiento solidario y, en lugar de encender el auto, tomó su fusil y quiso bajarse para encarar al capataz. “¡Vámonos, te digo, no hay nada que hacer aquí, por favor vámonos!” le suplicó Asadeh. Y se marcharon.

Caída la tarde, debían ya regresar al puesto de guardia de Nasim; la jornada electoral estaba por concluir. En el trayecto final, exhausta pero segura de haber cumplido con su trabajo, Asadeh calculó que habría recolectado poco menos de un centenar de votos en todo el día. Pensó en lo difícil que era promover el voto, pensó que

organizar unas elecciones no basta para construir una democracia; se requiere de la participación ciudadana, se necesita pensar en una forma de incluir a todos, a las mujeres, a todas las etnias, a todas las regiones. Se empezaba a quedar dormida cuando regresaron al punto de partida.

Entonces se despidieron. Ya había atado la urna a su bicicleta y ya se disponía a montarla cuando Nasim le llamó. “¡Espera! —le dijo—, te falta algo: te falta mi voto, yo no he votado”. “¡Es cierto! —le dijo—, tú no has votado. ¿Qué hora es?” “Faltan diez para las seis”. “Entonces aún puedes votar; la votación se cierra en diez minutos”. Sacó de nuevo una papeleta.

Nasim prefirió llenar la boleta dentro de su cabina de guardia. Al cabo de dos minutos salió con el papel en la mano y le dijo: “Toma, éste es mi voto, quiero que lo veas”. “No debo —le recordó—, el voto es secreto”. “Por favor míralo, te lo suplico”. Ella entonces aceptó y desdobló la papeleta. Tenía cruzados a todos los candidatos y hasta arriba había escrito: “Yo, Nasim Abidi, voto por Asadeh”. “Pero yo no soy candidata”, le dijo. “No importa, tú deberías serlo”.





Una profesora en Kenia

Para una niña bantú de la tribu Gussi como Jane, hija de un modesto pescador de la provincia de Nyanza, en el suroeste de Kenia, la octava de una familia de 13 hijos, ir a la escuela era casi imposible. Nació en 1979, casi dos décadas después de que su país había logrado la independencia de la Gran Bretaña; sin embargo, para entonces sólo el 55 por ciento de la población sabía leer y escribir.

Kenia era una nación independiente desde 1963, pero persistían divisiones y enfrentamientos entre las diversas tribus que poblaron el lugar muchos siglos antes de la colonización británica. Aunados a estos conflictos, los costos que dejaron las décadas de explotación extranjera y el saqueo de sus recursos naturales, así como el crecimiento acelerado de la población, que pasó de 8 a 18 millones de habitantes en las primeras décadas de vida independiente, tenían al país inmerso en una situación de pobreza y desigualdad como

parte del paisaje africano en la era postcolonial de la segunda mitad del siglo xx. Este complicado escenario no era el más propicio para que Jane recibiera una educación formal.

Y sin embargo fue a la escuela. Su madre era iletrada y su padre tenía los rudimentos más básicos para sumar, restar, escribir su nombre en un papel y no mucho más. En su casa se hablaba gussi, la lengua de la minoría étnica a la que pertenecía, pero en la escuela, a la que pudo asistir cuando ya tenía ocho años de edad, las clases se daban en suajili y en inglés, las dos lenguas oficiales de Kenia. Su padre, además, debía pagar una cuota por sus estudios, una cantidad menor, pero a fin de cuentas una carga adicional y onerosa para la familia.

“Yo no fui a la escuela —le dijo su madre—, pero todo lo que aprendas luego vienes y me lo enseñas a mí”. “Nunca dejes de aprender —le dijo su padre—; uno sólo debe dejar de aprender

cuando tenga tierra en las orejas”. Pero su madre murió pocos años después y, ya con “tierra en las orejas”, no le dio tiempo de conocer el alfabeto.

De los 12 hermanos de Jane, cuatro murieron antes de que ella misma naciera. Sus tres hermanas mayores no tuvieron su suerte y nunca pudieron ir a la escuela. Dos de ellas se casaron antes de cumplir 15 años y la mayor de todas se quedó en casa para ayudar a la familia ante la ausencia de la madre. Fueron a la escuela Jane, dos de sus hermanos varones y la menor de la familia.

Uno de sus hermanos apenas terminó la primaria y migró a Nairobi, la capital, para trabajar primero como albañil y después como chofer de un autobús; el otro se quedó con el padre en el negocio de la pesca. De manera que Jane fue la única que terminó la primaria; luego debió mudarse a Eldoret para hacer la secundaria en un internado para señoritas auspiciado por una organización cristiana alemana y, contra todo pronóstico, con la ayuda de su hermano que vivía en Nairobi, más tarde logró viajar a la capital para enrolarse en la Escuela Normal cuando tenía 17 años.

Recibió su diploma de maestra recién estrenado el nuevo siglo, con 21 años de edad. La acompañaron a la ceremonia su hermano, con su esposa y tres niños, y su novio, David Obinchi, con quien se casaría ese mismo año adoptando su apellido. David era un chico de la capital que logró graduarse como abogado en la Universidad de Nairobi y, desde muy joven, trabajaba en organizaciones internacionales para el desarrollo.

Su mundo había cambiado. La niña del pequeño pueblo de Kisii se había convertido en profesora de primaria; vivía en un barrio sencillo pero agradable de la capital de Kenia, tenía amigos extranjeros, un esposo trabajador y de mentalidad abierta al mundo. David y Jane decidieron no tener hijos para concentrarse en sus carreras profesionales.

Entonces vino un cambio notable en su vida: el Ministerio de Educación decidió enviarla como directora a una primaria rural en una remota villa en una de las zonas más deprimidas del país, poblada principalmente por la tribu Massai. Terminaba el año 2000, Jane y David —que por entonces trabajaba para una organización humanitaria danesa— debieron aceptar que por un tiempo tendrían que vivir separados.

Así fue como Jane, con 22 años de edad, llegó para hacerse cargo de la Escuela Primaria Kapkenduywa, cerca de la ciudad de Eldoret, donde había estudiado la secundaria. Muy pocos niños acudían por aquel entonces a las tres aulas modestas construidas con madera y techos de asbesto en una planicie árida y polvosa, en medio de la nada. La pequeña cuota que aún se cobraba a las familias para inscribir a sus hijos al colegio inhibía por mucho la asistencia.

Las tierras de aquella zona aún no se recuperaban de una de las peores sequías en la historia de la región que dos años atrás había azotado al llamado Cuerno de África (Kenia, Etiopía y Somalia). El poco ganado de la zona lucía en



pellejos y lo revoloteaban a toda hora las aves carroñeras. La salud era un asunto no menos grave en el país: la mitad de las camas en todos los hospitales las ocupaban pacientes infectados de VIH.

Era un momento lleno de desafíos para la historia de Kenia: atentados terroristas en las principales ciudades tras los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York; los estragos de la sequía; la crisis ambiental en el Lago Victoria, una de las principales fuentes de recursos alimenticios de los kenianos; y en medio de todo esto un proceso electoral ríspido que permitió, sin embargo, la llegada a la presidencia en 2002 de un candidato de oposición al antiguo régimen, Mwai Kibaki, un líder político moderado y conciliador, que tenía entre sus principales promesas combatir a fondo la corrupción y la violencia.

Tal era el escenario y el contexto en el que Jane habría de enfrentar su encomienda magisterial en aquella remota villa de las zonas áridas de Kenia.

Muy pronto los cambios en el rumbo del país se empezaron a notar: el mismo año, por ejemplo, se aprobó una ley que prohibía la mutilación genital o ablación, que por razones culturales se practicaba todavía a las niñas de las zonas rurales y que ahora señalaba un castigo penal a quienes insistieran en realizarla.

Y, aún más significativo para la historia que aquí se cuenta, en 2003, cuarenta años después de que Kenia obtuviera su independencia, se decretó la gratuidad y el acceso universal a

la educación básica para todos los ciudadanos kenianos, un logro social que ya era realidad desde décadas atrás en muchas partes del mundo y que, a pesar de su tardanza, por fin llegaba a esta nación africana, que tenía una de las tasas de analfabetismo más altas del mundo.

Jane y sus tres compañeros de magisterio recuerdan aquellos días posteriores al anuncio oficial. Al principio tuvieron que salir a los caseríos cercanos a la escuela para convencer a los padres de inscribir a sus críos. Pero al cabo de unas semanas la noticia produjo un vuelco: en camionetas, a pie, en bicicletas, se fueron acercando por decenas las familias dispuestas a ejercer su derecho a la educación libre y gratuita para sus hijos.

En enero de 2004, al iniciar los cursos en la escuela Kapkenduywa de las afueras de Eldoret, 207 niños se aglomeraban en aquellos salones por primera vez desde que había sido fundada. En sus tres aulas a las que asistían alumnos desde cinco hasta 21 años de edad, provistas con apenas 50 pupitres por salón, se apelotaba la primera generación keniana beneficiaria de la educación gratuita y obligatoria impartida por el Estado.

Sin embargo, no era completamente gratuita. Aquellas familias de campesinos empobrecidos y pastores de rebaños famélicos se las debieron ingeniar para comprar uniformes, cuadernos y lápices para sus hijos.

Eso fue precisamente lo primero que le preguntaron a Kimani Nganga Maruge cuando por

aquellos días se acercó a la escuela para exigir —con el decreto oficial en la mano que no podía leer pero sí conocer su contenido— un lugar en el salón correspondiente al primer grado. Que si acaso no sabía que para inscribirse en la escuela había que traer uniforme y útiles escolares, le preguntó uno de los profesores con cierta rudeza.

Lo de menos es que Kimani Nganga Maruge, en lugar de uniforme, se hubiera acercado a la escuela cubierto únicamente por una frazada de lana cruda, un calzón de manta y unas sandalias a prueba del tiempo; como tampoco importaba tanto que, en efecto, no tuviera dinero ni para cuadernos ni para lápices. Lo realmente notable de la situación, lo insólito, es que Kimani Nganga Maruge exigía su derecho a aprender a leer y escribir cuando cifraba la edad de 84 años.

Maruge era tan viejo que tres de sus nietos y un bisnieto estaban entre los recién enrolados a la escuela. Se movía despacio, sostenido por un bastón. Cojeaba al caminar a causa de que a uno de sus pies le faltaban varios dedos. Por encima de la calvicie pronunciada se aferraban unos pocos mechones de pelo cano. Hablaba con parsimonia y timbre senil, pero no dejaba de ser claro en lo que decía, y lo que decía lo repetía una y otra vez: “quiero estudiar y aprender a leer y escribir, el gobierno dice que todos tenemos derecho”.

La profesora Jane Obinchi no podía creer lo que estaba viendo, le conmovía la petición del anciano, pero la realidad es que faltaban lugares para muchos otros niños en medio de aquella

efervescencia por el anuncio del gobierno. Le pidió de la manera más amable posible, casi con ternura, regresar a su casa. Aquella era una escuela para menores; si quería estudiar, Maruge tendría que acudir a un centro de enseñanza para adultos en Eldoret, a casi una hora de camino por terracería.

Esa noche, al teléfono, Jane le contó a su esposo lo ocurrido, tenía ganas de llorar. “Concéntrate en conseguir más pupitres para tus niños —le dijo David desde su casa en Nairobi—; no emprendas batallas que no puedas ganar”.

Unos días más tarde, a punto de sonar la campana para el recreo, a Jane le pidieron que se asomara a la puerta improvisada con leños y mecates que hacía las veces de entrada de la escuela. Ahí estaba nuevamente, de pie, expectante, firme, el anciano Maruge; pero esta vez traía puesto un uniforme de suéter azul, camisa blanca y pantalones cortos que él mismo confeccionó con ropa usada que obtuvo en trueque por una cabra. Traía también dos cuadernos bajo el brazo, un juego de lápices nuevos, unas zapatillas deportivas y unos calcetines de colores que le llegaban a las rodillas. “Déjeme aprender, trabajaré muy duro, no le voy a fallar”, le dijo.

Jane entonces tomó una decisión que habría de cambiar la vida del anciano, la de ella misma y, en muchos sentidos, la de la propia Kenia. Lo admitió como estudiante. No lo sabían entonces, pero Maruge se acaba de convertir en el alumno de primero de primaria más anciano de toda la historia.



Cuando la maestra le abrió espacio en una banca al fondo del salón y le pidió a los niños que se apretarán un poco más, Maruge le rogó que lo sentara lo más cerca posible del pizarrón: su vista estaba muy cansada, tampoco le servía un oído, lo tenía totalmente atrofiado, y oía poco por el otro que le quedaba servible.

Había una razón poderosa que explicaba la cojera y la sordera parcial del anciano. Y esa razón es la historia detrás de esta historia, la parte que habría de saber Jane poco después de autorizar su inscripción, asumiendo toda la responsabilidad y las consecuencias en su más difícil decisión como joven directora del plantel.

Kimani Nganga Maruge era un representante olvidado de las batallas de Kenia por lograr su independencia y contra la tiranía de sus colonizadores. Pertenece a la tribu Kikuyu, el grupo étnico mayoritario del país, el mismo que entre 1952 y 1959 encabezó un movimiento de resistencia contra la opresión británica que produjo gran violencia y muchos muertos en el país.

Aquel intento de revolución de independencia, conocido como la Rebelión de los Mau Mau, fue combatida con ferocidad por el ejército británico y la milicia local al servicio de la Corona.

Tras seis años de batallas y persecuciones, el movimiento fue derrotado y miles de sus participantes y sus principales dirigentes terminaron en campos de detención donde fueron torturados. Uno de ellos fue precisamente Maruge, que tenía apenas 31 años cuando le mutilaron los dedos

de un pie y le dañaron totalmente un oído como parte del tormento; también asesinaron frente a sus ojos a su primera esposa.

Apenas y participó al inicio de la revuelta. De manera que pasó casi toda la guerra prisionero en tres campos de concentración distintos. Al final, fue liberado, sin juicio ni sentencia previa, sin ninguna compensación, sin ninguna forma de perdón. Un héroe anónimo, una víctima sin justicia, un despojado de la tierra, de su libertad y de sus derechos humanos.

Ese era Maruge a sus 84 años: ocupando la primera fila en el salón de primer grado de la profesora Jane. Y debajo del uniforme, sobre la piel, las marcas en la espalda del látigo del verdugo, como si hubiera sido un esclavo de otro siglo. Con las cicatrices en el cuerpo, con la memoria atrapada en el dolor, pero la mirada puesta en el pizarrón y en las primeras letras de su alfabeto. Así fue como el anciano comenzó su educación.

¿Qué motivación podría tener alguien como Maruge para querer leer y escribir cuando ya la vida se le escapaba? “Quiero leer la Biblia con mis propios ojos”, le dijo a su profesora, como única explicación.

A fin de cuentas, la de Maruge era una historia del perdón pero no del olvido. Perdonó a su país, a su propia vida y, al empuñar con torpeza el lápiz, también tomaba entre sus manos el mínimo futuro que le concedía su edad para buscar una meta en el cénit de sus días. Entre broma y verdad solía afirmar que esperaba contar con el

tiempo suficiente para acabar la primaria, seguir con sus estudios y graduarse como veterinario.

Jane sabía ahora que su decisión había sido la correcta: negarle al anciano el derecho a tomar clase era como darle la espalda a la propia historia de su país. Pero le esperaban todavía muchas otras batallas en el camino de su aceptación.

A mucha gente de aquel lugar no le gustó que un anciano ocupara uno de los asientos tan disputados en la escuela Kapkenduywa. Creían que Maruge estaba loco; al inspector de la zona tampoco le pareció correcta la decisión, en realidad se encolerizó y ordenó expresamente a Jane que desistiera.

El inspector sostenía que permitir la inscripción de Maruge provocaría que otros adultos se animaran a solicitar lo mismo y que la situación podría salirse de control; pero Jane sabía que detrás de las resistencias del inspector se asomaba otro viejo mal de su país: las disputas tribales. Mientras que Maruge, como ya dijimos, era un Kikuyu, el inspector pertenecía a la tribu Kalenjin, que durante la Rebelión Mau Mau había colaborado con el gobierno británico provocando una histórica enemistad y mucho recelo entre ambas tribus. “Tenemos que dejar atrás el pasado —le dijo Jane—; hoy somos todos parte de un mismo país”.

No tuvo más remedio Jane que acudir al Ministerio de Educación en Nairobi en busca de algún apoyo. David, su esposo, le ayudó a conseguir una cita con un alto funcionario, al que le explicó la

historia de Maruge y las razones que la motivaron a aceptarlo como alumno. Pero se topó de nuevo con pared. Los argumentos eran los mismos: no había lugar a la excepción, de lo contrario otros podrían solicitar lo mismo y desbordar el endeble sistema educativo gratuito apenas en marcha. No excepciones, le repitieron; no podían los funcionarios con los que se entrevistó entender el contexto ético, diríase incluso humanitario, de su decisión como directora del plantel.

A Jane entonces se le ocurrió una solución temporal: no podía regresar a la escuela derrotada y simplemente pedirle al anciano que dejara de asistir. Le propuso entonces convertirse en su asistente en clase; contra ello no había impedimento legal y ya Maruge había dado muestras de tener buen trato con los niños de la clase. Más que como un compañero, lo veían como un abuelo.

Por esos días, el caso de Maruge llegó a oídos de la prensa local y muy pronto la información circuló no sólo en los medios locales, sino que se convirtió en una noticia internacional: el *New York Times*, la BBC de Londres, entre muchos otros, contaron los acontecimientos.

La situación comenzaba a moverse. Muy pronto el gobierno en Nairobi se dio cuenta del valor que tenía la historia de Maruge para impulsar sus planes educativos, e incluso apareció una foto suya que lo presentaba como un gran ejemplo nacional en anuncios espectaculares por diversas ciudades y carreteras del país.



A la pequeña escuela acudían periodistas y cámaras de televisión en busca de un reportaje exclusivo. Jane, sus colegas profesores y el propio Maruge daban declaraciones más bien tímidas y sorprendidas a la prensa, que después tenían la más amplia circulación, y esto desató las sospechas y las ambiciones de otros vecinos de la zona. Algunos creían que Jane y Maruge recibían dinero por parte de los medios o del gobierno y exigían por lo tanto su repartición. Para una zona como aquella, envilecida por la miseria y la falta de oportunidades, un rumor de este tipo realmente alborotaba a la gente y despertaba ambiciones o envidias insospechadas.

Jane comenzó a recibir llamadas anónimas amenazadoras e intimidantes, su esposo también; había ya mucha tensión y en un país donde la violencia campea no era un asunto menor. Incluso un día un grupo de campesinos indigentes protagonizaron una protesta y lanzaron piedras e insultos contra la escuela. Jane y Maruge protegieron a los niños y al cabo de un rato los violentos se retiraron.

Vino entonces un golpe artero para Jane, la orden superior —maquinada por el inspector— de su traslado a otra escuela en una zona aún más remota y alejada, del otro lado del país. No tenía más remedio que aceptar el traslado o renunciar a su plaza y regresar a Nairobi con su esposo. Ambos lo discutieron detenidamente; sabían que ahora la historia de Maruge contaba con la simpatía de la opinión local e internacional. De

hecho, aunque el gobierno se había aprovechado de ella con fines de propaganda, en el fondo persistía una burocracia ciega y arbitraria y un ambiente local que propiciaba el odio y la intolerancia.

No, Jane no iba a renunciar. Su vocación magisterial era más fuerte que la compleja realidad a la que se enfrentaba. Esa tarde, luego de que David aceptó una vez más que su matrimonio tendría que resistir más tiempo de distancia y separación, Jane visitó a Maruge en su choza para informarle de su decisión de aceptar el traslado y despedirse de él.

Por varias semanas la escuela se mantuvo sin su directora, hasta que finalmente un día se apareció el inspector con la nueva profesora que habría de sustituir como directora a Jane. Pero nadie se esperaba la reacción de los alumnos a su llegada. Niños y jóvenes de diversas tribus, Kiyuyu, Massai, Kamba, en un impulso sorprendente, pusieron candado a la puerta de la escuela y se amotinaron entre gritos y silbidos. “¡Queremos de regreso a Jane!”, coreaban eufóricos y decididos. “¡Jane, Jane, Jane...!” se escuchaba en medio de aquella insospechada revuelta estudiantil.

Maruge no se enteró de la protesta porque ese mismo día estaba viajando a Nairobi. Sus pasos, cansados pero firmes, lo llevaron a las puertas del despacho del ministro mismo. No se detuvo, cruzó puertas y pasillos, ante la sorpresa de todos, hasta que logró meterse a voluntad en la oficina del principal encargado de la educación

nacional mientras éste sostenía una reunión con varios de sus funcionarios. Aquél fue el gesto y la acción que a la postre permitió el regreso y la restitución de Jane en el puesto como directora de la primaria Kapkenduywa.

Jane regresó a sus labores y entonces se dio a la tarea de buscar ayuda para otros alumnos en situaciones precarias. Su fama pública le permitía conseguir apoyos diversos por aquí y por allá para comprar mobiliario para la escuela, o pagar los uniformes, o la alimentación, o los servicios médicos de muchos de sus alumnos. David se dedicó, desde entonces, a obtener fondos internacionales en apoyo a la educación, los derechos de las mujeres y la defensa de los derechos humanos en su país. Una profesora rural y un abogado comprometidos con su entorno. Una pareja de jóvenes kenianos que representan lo mejor de su país y de su historia.

Maruge, por su parte, logró acreditar hasta cuarto de primaria. Ya convertido en una leyenda, fue invitado a pronunciar un discurso en favor de la educación en la sede de Naciones Unidas en Nueva York; fue la primera vez que se subía a un avión. Para entonces no había dejado de asistir un solo día a clases, ya tenía 86 años.

Por increíble que parezca, aun con todo este reconocimiento, Maruge no quedó exento de otras tragedias. En 2007 un violento conflicto postelectoral en Kenia provocó que su casa fuera destruida por uno de los grupos que protestaban

por los resultados. Sus últimos años los vivió en un asilo en Nariobi con la protección del gobierno, poco después enfermó de cáncer y murió en 2009.

Su historia, la de Jane y David Obincho, la de los niños y los profesores de la escuela Kapkenduywa, resumen el espíritu de un siglo como el nuestro, donde el pasado y el presente, la tragedia y la esperanza, la inclusión y la injusticia, conviven, se entrelazan y nos hacen buscar nuevos caminos.





La madre agua

I

Cuando era niña, a Nélica Ayay Chilón su abuela solía contarle una leyenda. Nélica nació en 1984 en el pequeño pueblo de Porcón, en la región andina de Cajamarca, al norte del Perú. La historia de la abuela, como muchas otras que escuchó de su familia quechua, poblaron su imaginación y formaron en lo más profundo de su conciencia una relación de amor y respeto por la naturaleza que le vio nacer y crecer entre valles, montañas, lagunas y ríos.

Hace mucho, mucho tiempo, en el principio de todo lo que hoy es, hubo en las montañas de los Andes una sequía tan grande que murieron las plantas y desaparecieron hasta los líquenes y musgos bajo los rayos del sol. Al morir los árboles, la tierra se quedó sin sombra, y se fue secando aún más, y se formaron grietas profundas. La tierra tenía sed. Cuentan que hasta la flor de qantu, que se encuentra en los terrenos más áridos, sintió secarse sus

pétalos. El último capullo que quedaba aferrado a la vida, no se animaba a abrirse por miedo a calcinarse en medio de tanta sequía y calor. Sin embargo no podía mantenerse cerrado mucho tiempo más, pues moriría aun antes de nacer.

Así, con toda su pequeña fuerza, el capullo luchaba por aferrarse a la vida... y entonces algo muy extraño sucedió: a medida que se abría, sus pétalos fueron transformándose en alas. La pequeña flor alada sintió algo parecido a la felicidad mientras agitaba sus delicados pétalos convertidos en alas, y se desprendió finalmente de la planta reseca convertida en un colibrí.

Entonces voló hacia la cordillera y llegó agotado hasta la laguna de Wacracocha, la gran laguna madre del agua. Tenía mucha sed, sintió que sus alas ya no le respondían, que si se detenía a beber en la última porción de agua que quedaba en el mundo se ahogaría sin remedio y se siguió de largo. Con un gran esfuerzo, que excedía su

pequeño cuerpo, siguió volando hacia la cumbre del Waitapallana, la gran montaña del principio de los tiempos que se alza por sobre todas las cosas.

Lo movía el instinto, el inexplicable milagro de estar vivo y en movimiento, sólo sentía la necesidad de alcanzar la cumbre. Finalmente se posó agotado en la cima helada por el viento, agonizante por la sed, con su último hálito suplicó piedad al padre Waitapallana, para que salvara a la tierra que estaba a punto de desaparecer a causa de la sequía.

El colibrí entonces murió. Waitapallana se sintió sumamente apenado al observar el paisaje devastado, la esterilidad de la tierra. Aún se percibía el aroma de la flor de qantu que se desprendía con su aroma dulce del pequeño colibrí muerto. Amaba a estas flores que solían engalanar su vestimenta y sus fiestas. Sufrió tanto al darse cuenta de que el final estaba cerca que dos gigantes lágrimas de dura roca resbalaron hasta la superficie de Wacracocha, y, ante la contundencia de su tremenda caída, la laguna se abrió y el torrente de agua refrescante hizo temblar al mundo.

El estruendo del agua y las lágrimas pétreas de Waitapallana llegaron al fondo de la laguna y despertaron al Amaru, la gran serpiente alada de los Andes, que descansaba enroscada en el fondo. Sin entender qué ocurría, comenzó a desperezarse mientras la tierra debajo de sus escamas se agitaba con violencia.

Entonces el Amaru subió a la superficie. De entre la espuma del agua caudalosa se podía ver

su cabeza muy parecida a la de una llama, sus ojos brillantes, cristalinos y el hocico rojizo como un dragón. Su cuerpo era el de una serpiente con alas, rematado por la cola de un pez y garras de cóndor.

Totalmente despierto y furioso por haber sido molestado, el Amaru se elevó en el aire opacando al sol con las llamas de ira que irradiaba su mirada. Miles de valientes guerreros con corazas y lanzas aparecieron de la nada y se lanzaron a combatirla.

La lucha fue desigual, el poder del Amaru era inmenso: del hocico surgió una niebla espesa que fue a parar a los cerros, por los estrepitosos y violentos movimientos de sus alas comenzó a caer una lluvia torrencial, así renació la lluvia sobre la tierra.

De su cola de pez que se agiganta entre las nubes se desprendió el granizo, así renació el hielo en la tierra. Y de los reflejos de sus bellas escamas nació el arcoíris. El arcoíris, al que llamamos Kurmi, con sus siete colores, es la celebración de la unión entre el agua, la luz y la tierra.

Los guerreros perecieron en un acto tan heroico como el del colibrí. Todo aquello fue una cadena necesaria de acontecimientos. Sus muertes no eran en vano. Así renació la vida cuando ya parecía extinguida, reverdeció la tierra y se llenaron de agua clara las lagunas entre los cerros. El Amaru, satisfecho, descansó nuevamente y regresó a su sueño sin tiempo.

Los quechuas lo saben, todo está escrito en las escamas y las plumas del Amaru: las vidas, las



cosas, las historias, las realidades y los sueños; es por eso que la gran serpiente alada siempre sabe lo que hace. Hubo pues un tiempo en que la vida en éste que es nuestro mundo estaba por desaparecer y fue el agua la que nos regresó la esperanza. El agua es la sangre de la madre tierra, a la que llamamos la Pachamama, más aún, el agua es nuestra segunda madre, le llamamos Yacumama.

Nélida, la niña quechua que escuchaba ésta y otras leyendas en voz de su abuela, y que ella a su vez la escuchó en voz de sus ancestros a través de los siglos, es la joven que protagoniza esta historia.

Si hay un pueblo en este planeta que entiende la importancia de la relación con la naturaleza, ese es el quechua. En la actualidad, sus pobladores viven entre las elevadas cordilleras andinas de Perú, de Ecuador y de Bolivia; pero alguna vez, antes de la conquista española, la civilización quechua creció y se desarrolló por siglos en armonía con la naturaleza. Los quechuas sostienen una relación ética de trabajo y afecto profundo con la naturaleza, no la conciben simplemente como materia, sino como la madre universal, la Pachamama, generadora y creadora de la vida.

En el presente, su mundo está amenazado por el cambio climático, la pobreza extrema, la deforestación masiva y, especialmente, por la explotación incontrolada de sus recursos hidráulicos que ha provocado la contaminación y aun la desaparición de sus zonas lacustres o la desviación de sus ríos a consecuencia del uso intensivo del agua para la actividad minera. La zona andina sigue siendo una de las más ricas en oro, en plata y en otros metales, y es sabido que la minería, sin una visión sustentable, tiene un alto impacto ecológico y social ahí donde se practica.

En el presente, Nélida es abogada y luchadora social. Defiende los derechos de su comunidad porque ha entendido que el respeto por el medio ambiente forma parte central de los derechos humanos, que la biodiversidad es prima hermana de la multiculturalidad. Es decir, que si las prácticas de seres humanos ponen en peligro el ecosistema de algún lugar, con ello también se pone

en peligro la sobrevivencia de grupos enteros de personas, de comunidades ancestrales y etnias cuya sabiduría, lengua y costumbres forman parte del patrimonio cultural de la humanidad.

II

Los quechuas saben desde hace muchos siglos algo que hoy en día la biología y el conjunto de las ciencias naturales confirman: que el planeta entero es un gran organismo vivo, que océanos y tierra y ríos, que toda la vegetación y todo el reino animal, que el viento y las nubes y el subsuelo, que desde los más diminutos microorganismos hasta las más enormes montañas, todo aquello que permite la vida en el planeta, conforman un gran sistema complejo e interdependiente, un solo cuerpo con vida, único e irreplicable, en equilibrio.

La cosmovisión quechua considera pues que la naturaleza, el ser humano, la Pachamama (la tierra) y la Yacumama (el agua) son un todo que vive relacionado perpetuamente. Esa totalidad para ellos representa un solo ser vivo. Los seres humanos tienen un alma, una fuerza de vida, y también lo tienen todas las plantas, los animales, los ríos, el mar y las montañas. Y en tanto que los seres humanos son parte de la naturaleza misma, no dominan, ni pretenden dominar; conviven con la naturaleza como una parte de ella.



Pero, ¿qué pasa cuando todo este equilibrio y esta cosmovisión que sostiene el transcurrir de la vida en la cordillera andina se ven amenazados por la actividad humana? Esto es precisamente lo que ha estado ocurriendo en las últimas décadas a consecuencia de las minas de oro que en su mayor parte pertenecen a grandes compañías extranjeras. La situación se ha agravado aún más en los años recientes ya que en otras partes del mundo las minas de oro se agotan y la cordillera andina se ha convertido en el centro de muchas ambiciones.

Es algo que no se sabe todos los días y de lo que no oímos hablar, pero para extraer de las minas un solo gramo de oro con algunos de los métodos comúnmente utilizados, se requiere

consumir por lo menos mil litros de agua, así como dinamitar cuatro toneladas de roca. Cada kilo de oro necesita ser tratado con más de 800 kilos de cianuro de sodio, que es sumamente tóxico y puede contaminar los mantos acuíferos. Se requiere, además, por cada kilo de oro extraído dinamitar la tierra con mil kilos de explosivos.

La flora, la fauna, la salud de los ríos y las lagunas se ponen en peligro, como se pone también en riesgo la salud de los mineros que suelen trabajar en condiciones amenazantes.

El agua es la que paga el mayor costo por la extracción del oro. Si se compensara en dinero el agua requerida para su obtención, el oro dejaría de ser un negocio. Este tipo de producción minera transforma de manera radical su entorno; así ha sido siempre, y el oro sigue siendo inexplicablemente concebido como una fuente de riqueza.

La industria minera, es cierto, construye carreteras, puertos, tranvías y aeropuertos; moviliza a trabajadores de poblaciones aledañas; genera miles de empleos temporales; construye fábricas, plantas y refinerías. Es decir, contribuye de algún modo al desarrollo, pero el costo social y ecológico a pagar es muy alto.

La minería emplea toda el agua disponible en la región donde instala sus centrales: usa la presión de los mantos acuíferos para lavar los metales y vierte sus desechos en los depósitos fluviales. Con frecuencia, estos desechos se acumulan en los rescoldos de los ríos ocasionando inundaciones en las comunidades vecinas. Las

aguas contaminadas de metales pesados, nitratos, mercurio y cianuro, perjudican la diversidad de organismos acuáticos e impiden el resurgimiento de la vida. Un solo día de explotación requiere la misma cantidad de agua que se necesita para abastecer a una población de 600 mil habitantes.

Además, el esplendor y la prosperidad perderán el tiempo que duren las operaciones de extracción del metal. Al cabo de unos años, cuando ya se ha removido hasta el último escombros de las montañas y se ha detonado cada resquicio del suelo, el negocio llega a su fin y deja como único legado una tierra en ruinas y quizá un pueblo abandonado.

Así ha pasado en otras épocas y así sigue ocurriendo en el presente. La extracción del oro dejará en los campos agujeros descomunales como llagas abiertas, dejará a la zona explotada en calidad desértica y estéril, dejará una vegetación inservible, dejará vacíos los aljibes, los ríos secos y los mantos acuíferos envenenados, dejará un paisaje distinto...

¿Qué beneficios trae el oro a nuestra calidad de vida? Se preguntaban una y otra vez Nélida Ayay Chilón y el grupo de activistas en Cajamarca, que finalmente decidieron organizarse y hacer algo cuando se anunció en 2011 un nuevo proyecto masivo de extracción de oro y cobre en la zona lacustre de Conga, a cargo de la firma minera peruana Yanacocha, asociada con una gran firma estadounidense.

III

Nélida recuerda que cuando tenía siete años comenzó la explotación masiva del suelo en su región a cargo de una compañía minera multinacional. De aquel primer proyecto, muchos manantiales y lagunas de la zona quedaron envenenados por el cianuro y el arsénico que se usaba en las minas.

No obstante, su padre y varios de sus tíos y primos desde ese entonces debieron emplearse en la mina a cambio de un salario fijo. Un empleo novedoso para ellos que al principio combinaban con la cosecha de la tierra, principalmente papa y maíz, y el cuidado de sus rebaños. Pero desde que los hombres se fueron ocupando más y más en las minas, las mujeres y los niños del pueblo tuvieron mayor carga de responsabilidad en la cosecha de la tierra y en el cuidado de los animales.

Los tiempos no eran tan malos y esto le permitió a la familia apoyar a Nélida para terminar la primaria en la escuela rural de Porcón. Por ese tiempo un sacerdote dominico estableció una secundaria parroquial en el pueblo y Nélida estuvo entre la primera generación de egresados. Aquel hombre, Marco Arana, renunciaría poco después a los hábitos para convertirse en uno de los principales activistas de la zona en la defensa de los derechos ambientales y los derechos indígenas de la región andina.

Fue él quien le explicó a Nélida la importancia de continuar sus estudios y quien la convenció en

2009, cuando ya tenía 25 años, de inscribirse en la Escuela de Derecho de la Universidad de Cajamarca. Había que prepararse para la defensa de su comunidad y de su entorno, había que acudir a la ley, y no a la violencia, para enfrentar los retos que se avecinaban.

Le faltaban todavía dos años para graduarse como abogada cuando llegó el anuncio de ese nuevo megaproyecto de inversión extranjera en la industria minera de la zona. El proyecto atraería una inversión de millones de dólares por parte de la multinacional minera para explotar el oro en Cajamarca que suponía una esperanza para el progreso del país. Este anuncio puso las señales de alarma entre los activistas de la zona: el agua ya no aguantaría más, la Yacumama estaba amenazada de muerte.

Comenzaron las movilizaciones y en otras partes del país crecían las simpatías por las acciones de resistencia de los quechuas. Pronto el movimiento adquirió carácter nacional y, en 2012, diversas organizaciones de todo signo participaron en la Marcha Nacional por el Agua que terminó con una gran concentración en Lima, la capital, frente al palacio presidencial. Nélida fue una de las oradoras en aquella noche. “El oro no se bebe, el oro no se come”, dijo al final de su discurso ante más de 20 mil personas que abarrotaban la plaza.

Fueron meses de lucha y fatigas. La tensión crecía, como también el empeño de un sector del gobierno de mantener a salvo aquella inversión

millonaria. Las cosas terminaron por salirse de control: en los disturbios y choques entre los activistas y las fuerzas de seguridad, hubo quien resultó herido; incluso cinco activistas perdieron la vida a lo largo de las protestas. Otros dirigentes fueron encarcelados y luego liberados; entre ellos el propio Marco Arana, mentor y guía moral de Nélica.



El movimiento en defensa del agua también llegó a los oídos de la comunidad internacional; de diversas partes del mundo surgían voces de apoyo a la resistencia quechua.

Por su parte, Nélide aceptó formar parte de la Junta Directiva del Frente de Defensa Ambiental de Cajamarca. En esa calidad le escribió una carta al presidente del país que posteriormente circuló masivamente en los medios locales e internacionales. Su carta era un verdadero tratado de la dignidad, estaba escrita con la sencillez de una campesina y la pericia de una licenciada en leyes. Más que un desplante opositor y amenazante, escribió un alegato histórico con razones éticas y constitucionales para detener el nuevo proyecto minero.

El activismo de Nélide provocó que hubiera represalias contra su padre y otros miembros de su familia. También recibió amenazas anónimas, era vigilada en cada movimiento, pero se mantuvo firme. Como resultado de esta enorme labor de sensibilización y oposición en la que Nélide tuvo una participación muy destacada, el proyecto finalmente se detuvo y así se ha mantenido desde hace unos años; no así la amenaza que pende, no sólo sobre la región andina, sino sobre cualquier región del planeta donde en el suelo se esconda el oro tan codiciado.

En un mundo donde la ciencia, la tecnología y la sociedad de la información en la era digital han dado un vuelco a la actividad económica de los seres humanos, sorprendentemente el oro y

otros metales y piedras preciosas siguen teniendo el valor desproporcionado y casi mágico que se les concedía desde los más antiguos tiempos. En pleno siglo XXI el oro vale más que el agua, y los diamantes más que la tierra misma. La lucha de Nélide y los suyos continúa.

IV

Sentada a las orillas de la Laguna Grande, una tarde en el que la brisa del viento dibuja arrugas y círculos en el agua que todo lo rodea, es ahora Nélide quien les cuenta una historia legendaria a sus sobrinos y a otros niños de la zona. Tiene 31 años y por ahora ha decidido no tener hijos, prefiere concentrarse en su trabajo como abogada y defensora de los derechos culturales y ambientales de su comunidad.

Esto pasó en el año 1532. Se cuenta que un joven guerrero llegó a las tierras de Cacheuta, poderoso cacique que dominaba las tierras de la actual Mendoza y los valles aledaños. El joven emisario no traía buenas nuevas: el gran Atahualpa, el señor inca, heredero del Inti, había sido tomado prisionero y los pueblos hermanos pedían ayuda.

Cacheuta era un cacique guerrero sumamente solidario y no escatimó esfuerzos para organizar la campaña de liberación del señor de todos los quechuas. Exigió colaboración a sus súbditos y

unos días después ya estaba todo preparado: un grupo de llamas esperaba cargado con petacas de cuero repletas de objetos de oro y de plata. Los hombres, listos para emprender el viaje de rescate.

La expedición partió. El plan era sencillo: el oro y la plata negociarían la libertad del soberano de los quechuas. Pero el camino, con senderos angostos y peligrosos, no era tan sencillo. Los vericuetos de la montaña, que en un principio resultaron nefastos, podrían servir como escudo protector contra un posible ataque. Entonces distinguieron a lo lejos un puñado de gente armada que no resultaba amiga. Resguardados tras un recodo, los indígenas se pusieron en guardia y, por las dudas, escondieron rápidamente los tesoros en una grieta del cerro.

El grupo que de lejos parecía pequeño, no lo era tanto; el encuentro fue sangriento. Cacheuta murió, sus vasallos fueron valerosos, pero los otros los superaban en número y en armamento; al poco fueron derrotados.

Aunque no pudieron los vencedores sacarles una palabra sobre los tesoros escondidos en la montaña, pronto los descubrieron por sí mismos y se disponían a sustraerlos. Entonces algo pasó: chorros de agua hirviendo surgieron de entre las piedras quemando a los traidores. Murieron en el acto, allí, a un lado de las codiciadas riquezas.



Cacheuta había fallecido, pero su espíritu indomable fue el que hizo brotar el agua que terminó con los que no le permitieron cumplir su objetivo. Para los lugareños, esas aguas son el símbolo de la solidaridad humana, llevan en sí la nobleza de su origen: la hermandad de los pueblos por su libertad. Desde entonces, se brindan generosas a los que acuden buscando alivio para sus males.

*Como pueden ver, el agua ha estado presente en la historia de nuestro pueblo, el agua nos ha dado vida y nos ha salvado cuando hemos estado en peligro, somos hijos del agua y somos hijos de la tierra. Pasarán los años y otros retos les tocará enfrentar a ustedes para defender el lugar en el que han nacido; cuando ello ocurra acuérdense de Chacheuta y también de todos los que hemos luchado por defender a Yacumama, nuestra otra madre.**

* Las leyendas de tradición oral que aquí se reproducen son de conocimiento popular y han sido tomadas de estas versiones: http://lospiesobrelatierra.blogspot.com/2011/11/leyendas-quechuas.html?_sm_au_=iVVZjqsJvDR1FtR y https://www.folkloretradiciones.com.ar/superstic_leyendas/sup_ley_98_1.htm



¿Dónde dormí anoche?

No importa qué tan fácil o difícil transcurre la jornada para la mayoría de las personas que vivimos en una ciudad; qué tan lejos o tan cerca vivamos de nuestro trabajo, o de la escuela; no importa si debemos tomar un autobús, o el metro, o caminar para llegar a casa; si lo que tenemos es un departamento minúsculo, una gran residencia o un cuarto en la azotea; si vivimos solos, con familia, con una pareja o con amigos; en cualquier caso, sea tarde o temprano, llueva o haga calor; estemos de magnífico o de pésimo humor; todos sabemos que en alguna momento, al final de la jornada, habremos de cruzar una puerta y de entrar por nuestro pie a un espacio —grande o chico, impecable o desordenado, no importa— donde nos espera una cama.

Una cama. Por dura o blanda que ésta sea, una de gran tamaño o apenas un colchón, pero una cama. Ocurrirá entonces que levantaremos las

cobijas o amasaremos con las manos una almohada, sentiremos sobre la piel la frescura de una sábana y nos dispondremos de manera previsible, y sin reparar demasiado en el hecho, a habitar con nuestros cuerpos agotados ese espacio único y cálido donde nos toca descansar, dormir, tal vez soñar.

“Ser o no ser”, decía Hamlet. “Morir, dormir, no más, tal vez soñar”, “y pensar que con un sueño damos fin al pesar del corazón”. En medio de su desgracia, Hamlet veía en el acto de dormir una esperanza, una promesa de reparación.

Pero qué ocurre cuando no hay puerta que cruzar, ni cama donde cumplir los deseos del príncipe Hamlet. ¿Qué pasa cuando no hay cobijas mullidas, ni sábanas frescas, ni almohada tibia donde reposar nuestros sueños? ¿Qué pasa, pues, cuando no se tiene una casa, ni un baño donde lavarse la cara y los dientes, o una mesa y una silla para cenar, un cajón para guardar

las cosas? Pasa que nada pasa, que se vive en el calle, así nomás, en la calle, que se ha llegado a un límite de la existencia y que se ha cruzado no una puerta —ojalá—, sino las fronteras sin puertas de territorios imposibles de imaginar para la mayoría de las personas, ricas o pobres, felices o desgraciadas, pero que encuentran al final del día una cama y un techo donde acogerse. La vida sin puertas, la vida sin ventanas, la vida sin techo.

Ese fue mi caso. Por casi diez años mi casa, mis puertas, mis ventanas, mi techo y mi cama fueron las calles de Londres. Fui una *homeless*, como se les dice en inglés, una “sin techo”. También nos llaman vagos, indigentes, *clochards*, vagabundos; *pocos* lo hemos sido, pero *todos* los hemos visto, y muchos se han hecho la misma pregunta: ¿cómo diablos llegaron a tal situación?

¿Y cómo diablos acabé yo —literalmente— en la calle? Me llamo Bekki Perriman, tengo una edad incierta, aunque advierto que soy joven, poco más de treinta, acaso menos, y soy una artista visual que a través de la fotografía y de las instalaciones sonoras intento darle voz e identidad a los sin techo. Esta es mi historia.

¿Por dónde empezar? Quizá deba empezar por el final. Estamos en septiembre de 2016 y en unos minutos más se inaugura mi exposición de fotografías y mi instalación sonora en el Southbank Centre, uno de los más importantes centros culturales de Londres, mi ciudad. En mis fotografías retrato las puertas de aquellos lugares

donde alguna vez pasé la noche, severas puertas de roble y madera labrada de los edificios eduardianos en la zona llamada el West End de Londres; o colosales puertas de la era victoriana, cuando Inglaterra dominaba el mundo y Charles Dickens escribía historias de personas en la miseria como yo; o puertas góticas de iglesias, puertas habitadas por fantasmas; o puertas más simples de almacenes, tiendas y establecimientos comerciales en la cuna del capitalismo, que alguna vez fueron mi efímero domicilio, puertas que no habría de cruzar. Si las puertas son un símbolo de hospitalidad, en mi caso eran apenas la utilería involuntaria en el teatro frío de mis noches sin techo.

Tengo otra serie de fotografías en las que retrato charcos, esquinas, bancas de parques, tardes de lluvia; es decir, la cartografía visual de mis extravíos por una ciudad que era toda mía cuando al mismo tiempo nada me pertenecía, ni siquiera una cama donde dormir.

Especialmente los charcos llamaban mi atención mientras caminaba —mejor dicho, mientras vagaba, o mejor aún, mientras sobrevivía—, me gustaba ver cómo la ciudad se reflejaba en ellos. Esos espejos de asfalto, lodo y agua eran también mis espejos; me veía reflejada en ellos, o mejor dicho, me parecía a ellos: estaba sucia y brillaba al mismo tiempo. Eso es: los *homeless* somos los otros charcos de la ciudad en cuyos rostros se reflejan historias indescifrables de personas incomprensibles.



Construí también una instalación sonora en la que la gente puede oír los testimonios de vida de muchas otras personas que viven en Londres y en otras ciudades del Reino Unido, como lo estuve yo. Hay que oírlos para darse cuenta de que algo de vida y de esperanza y de locura se asoma en sus relatos. Hay que entrar a la instalación, oír los rumores sordos de la ciudad entremezclados con las voces fragmentadas de estos relatos, para descubrir a gente de carne y hueso, con pasados extraviados y presentes rotos, pero vivos, complejos, humanos.

No, no soy Dante, ni mi instalación está pensada como un viaje a los infiernos; no es el dolor, o el miedo, o la tragedia lo que construye mi

instalación. A mi trabajo lo anima la esperanza, la capacidad de comprender, de contar una historia que creíamos que ya nos la habían contado, pero esta vez desde una perspectiva diferente.

La mía es menos una denuncia dolorosa que un himno, una composición de voces a las que nunca prestamos atención, voces que entonan la más humana de las músicas de quienes, pese a toda predicción, están vivos y aquí siguen entre nosotros, aunque nunca les prestemos atención, aunque huelan feo y le estorben al paisaje y a las estampas postales del turismo de mi ciudad.

Ya no digamos que busco *empoderar*, eso sería un despropósito tratándose de gente que ha renunciado al más mínimo poder: el de tener



donde dormir. Aspiro, en cambio, con mi trabajo a *visibilizar*, a que volteen por un momento y detengan su mirada, así de simple, a que nos vean.

Y es que en mis años sin techo solía jugar un juego más bien cruel conmigo misma. El juego consistía en apostarme en una esquina cualquiera, a una hora cualquiera, lo más sobria y aliñada que se pudiera dadas las circunstancias —antes me lavaba la cara y me pasaba un peine por mi cabellera rubia y entrecana— y simplemente le pedía la hora a la gente que iba pasando por ahí. “¿Qué hora es?”, les decía. “¿Me puede decir la hora?”, “¿me da la hora por favor?”, ensayaba distintas formas de cortesía para mi pregunta y en la mayoría de los casos no recibía respuesta. Se seguían de largo, o se espantaban... Estoy segura de que ni siquiera me escuchaban, o que en lugar de oír “¿qué hora es?” creían oír que les decía “dame dinero para drogarme” o “atención, que estoy a punto de robarte el bolso”.

Entonces llevaba la cuenta: si obtenía una respuesta positiva por cada diez preguntas, me daba como premio un bocadillo con las monedas que había mendigado horas antes; si obtenía menos que eso, entonces me atormentaba, me sabía aún más invisible, inexistente, poco menos que un fantasma, quería morirme y cambiaba el bocadillo por un botellín de whisky barato. No me recuerdo llorando, pero yo creo que lloraba al final del juego y ya con el whisky en mis venas. Olvidar que uno llora es una de las formas más amables de la sobrevivencia.

¿Qué hora es en Londres? Ninguna. Ésa era la hora para mí en un país donde miles de personas no tienen hogar. Estamos en el Reino Unido del siglo XXI, una de las grandes potencias, un país que ha tenido una historia extraordinaria de logros y conquistas en todos los ámbitos; sin embargo, aquí, en esta nación europea que es quizá la democracia moderna más antigua del planeta, hay más de 100 mil personas sin hogar, viviendo en albergues, en condiciones de hacinamiento o en la calle; durmiendo en las bancas de los parques, en las estaciones de tren, en paradas de autobús o las puertas de un edificio. Hay también quienes viven en sus autos, en tiendas de campaña, en hoteles decadentes. Hay niños, hay familias enteras de migrantes, hay enfermos psiquiátricos, hay adictos; es el quinto mundo dentro del primer mundo, y esto ocurre frente a los ojos de todos, pese a los intentos del gobierno o de las organizaciones civiles por remediarlo. Pasa en el Reino Unido, pero pasa también en otros países desarrollados, en muchas ciudades de Europa y de los Estados Unidos.

Aunque hay quienes intentan remediarlo, hay también quienes intentan ocultarlo. Me refiero a muchos lugares donde se construye desde hace algunos años lo que se ha llamado “arquitectura defensiva”. ¿Qué es esto? Muy simple: se añaden bardas, rejas, jardineras, segundas puertas, picos y púas a la geografía urbana; se diseñan bancas cuya forma impide acostarse en ellas; pequeñas y

sutiles fronteras que marcan un territorio exclusivo al que los *homeless* no deben acceder.

Peor aún que ocultarlo es combatirlo. Hay grupos radicales de inspiración fascista a quienes les mueve el odio contra los *homeless*, los ven como un cáncer, algo que hay que borrar del mapa. Los agreden, se burlan de ellos. Especialmente en viernes o sábado por la noche había que elegir muy bien dónde dormir, en un descuido y terminas orinado por un borracho saliendo del bar que descarga de esa manera atroz su odio, toda su intolerancia.

Regreso a mi historia, al otro extremo de la noche apacible en la que escribo estas líneas, al principio del relato.

Hace algunos años, una noche que desperté de madrugada cerca de la famosa plaza Trafalgar Square, advertí que tenía una cámara fotográfica entre las manos, era una de las primeras cámaras digitales. ¿La encontré, la robé de un bolso, alguien me la dio? No lo sé, a estas alturas ya es irrelevante el dato.

Las historias de las personas en situación de calle no pueden relatarse como un ejercicio biográfico lineal e inteligible, tenemos vidas errantes y fracturadas, y nuestras historias por lo tanto son así, un mar de azar e irracionalidad, tan irracional como es nuestra propia vida. De modo pues que un buen día tuve una pequeña cámara digital. No tuve nunca antes otra cámara, no soñaba de niña con ser fotógrafa o artista, nada de eso, no tengo por qué mentir y aderezar

con cuentos esta narración que no es un cuento, que es una historia real.

El caso es que de pronto me vi como con un juguete nuevo, clic por aquí, clic por allá, y ¡zas! Quedé hipnotizada por el acto de capturar imágenes, de convertir instantes sin importancia aparente en pedazos detenidos de tiempo, en fragmentos de mi propio tiempo, un tiempo muy especial pues sólo en apariencia era un tiempo sin historia, un tiempo extraviado, delirante.

Ya lo decía, cuando se está en situación de calle uno cree que no tiene historia. Lo más triste es que no sólo nosotros mismos lo creemos, sino que el resto de las personas lo creen así: nos convertimos en no-personas con no-historia; somos extraterrestres, algo intermedio entre un ser biológico, un animal y una cosa incomprensible.

Así anduve varias semanas, tomando fotos a cada rato, por todas partes. Disfruté tanto el día que hice algo verdaderamente perturbador y original: caminando por las orillas del río Támesis, le pedí a un turista chino que me tomara una foto frente a la Torre de Londres. Una foto como las que decenas de miles de visitantes se toman todos los días en esos puntos de atracción turística. ¡Todavía recuerdo la expresión de su rostro! A pesar de sentirse incómodo con mi solicitud, muy amablemente aceptó. Me mecí el pelo, puse mi mejor cara, sonreí y hasta hice un gesto de V con la mano izquierda.

Créanme cuando les digo que fueron buenos tiempos para mí. Por ese entonces tenía una

pareja, Chris Evans. Juntos vendíamos ejemplares del periódico *Big Issue*, un semanario que es famoso en Londres porque ayuda a los *homeless*, a los desempleados y a todo aquel en situación de pobreza. Lo vendes en las calles por dos y media libras y te quedas con la mitad.

Recuerdo una jornada en la que todo lo bueno nos pasó: vendimos como veinte ejemplares del semanario en una sola mañana; más tarde nos encontramos con una montaña de cajas de cartón abandonadas en el tiradero de una escuela, con ellas armamos una casota enorme donde casi cabíamos de pie. Con el dinero del semanario compramos pizzas a dos por una, nos alcanzó para cervezas, vino y helado. ¡Vaya fiesta la que armamos! Tomaba fotos como loca de nuestro nidito de cartón. A la mañana siguiente vino la policía a ordenarnos dismantelar la mansión y no hubo más remedio que ahuecar el ala.

A pesar de esos episodios alegres, la muerte siempre rondaba por ahí. Se publicó hace poco que en el último año habían muerto 21 *homeless* en las calles de Londres. Increíble que alguien muera así lenta, silenciosamente, tendido frente a una puerta o en un parque, a la vista de todos.

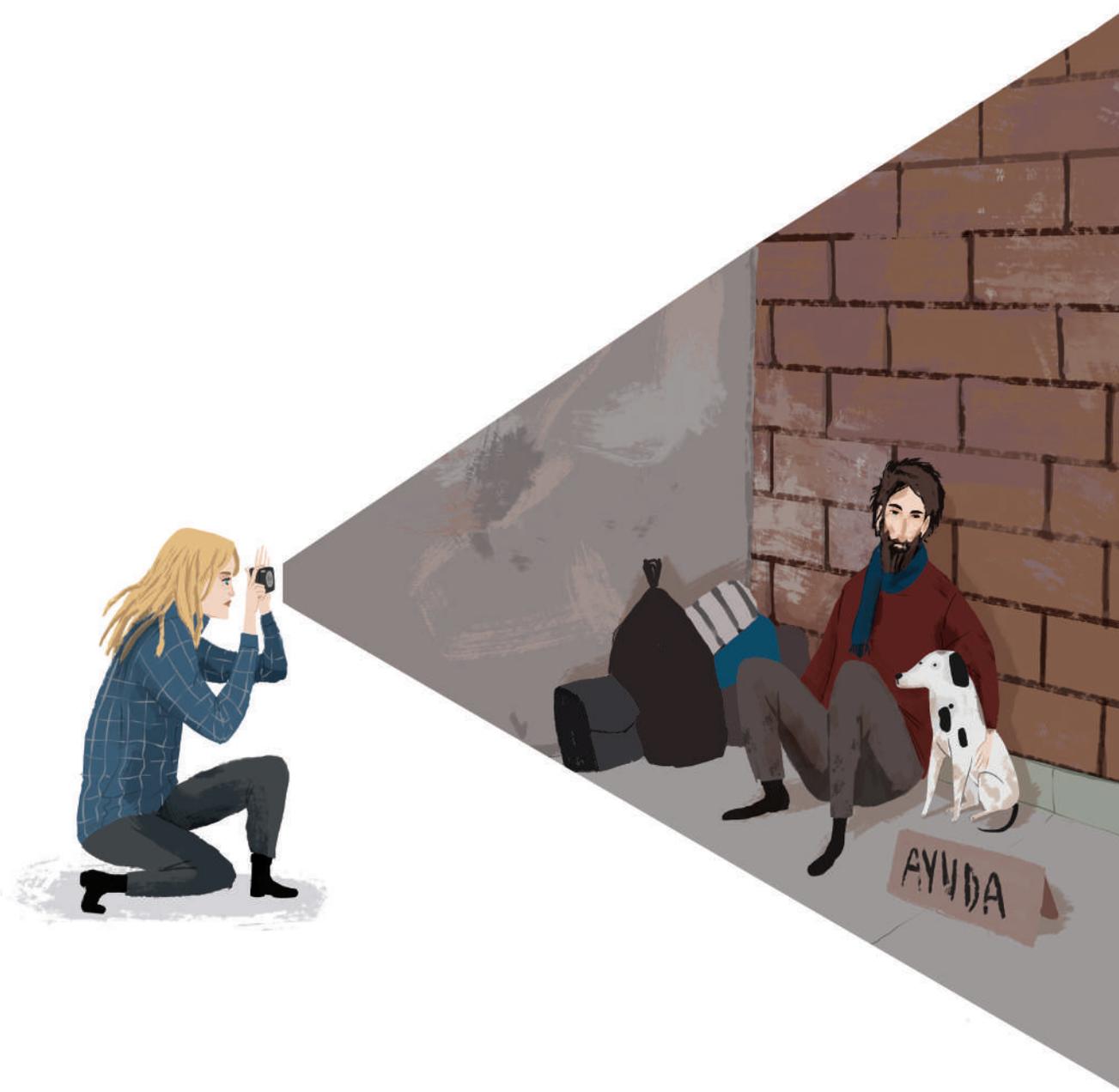
Un día nos vinieron a decir que el Viejo George había muerto. El Viejo George era mi amigo. Le decíamos viejo por lo calvo y por la barba cana, pero tenía 39 años. George no esperó a morir en un parque, prefirió antes aventarse al río. Traía líos tremendos con el alcohol y con las drogas que no lo dejaban ni a sol ni a som-

bra, luego contrajo Hepatitis C, simplemente se hartó. Cuando estaba sobrio era un magnífico escultor, armaba unas piezas formidables con los guijarros que recogía en la rivera del Támesis. George era nuestro artista. Poco antes de que se quitara la vida le hice un retrato muy bello, muy simple y muy profundo: se puso frente a la cámara y me sonrió con sus dientes chuecos y amarillos.

Por aquel entonces vino a verme un hombre que trabaja para Crisis, la organización británica que ayuda a las personas en situación de calle. Fue a él a quien le mostré mi cámara y mis fotos, y fue así que alguien descubrió que detrás de mi mirada y detrás de mi fotografía había algo más que un testimonio; había creación, libertad, reflexión, es decir, había algo parecido a lo que llamamos arte.

Había encontrado una ruta para abandonar la indigencia, un sentido para reconstruir y reinventar mi vida. El arte transforma vidas, lo mismo de quienes lo crean que de quienes lo disfrutan. El arte puede ser un poderoso instrumento. Arte y renacimiento, arte y revolución.

Todo lo demás vino después: limpiar mi cuerpo de las diversas formas de intoxicación que me fueron dejando los años a la deriva; obtener una vivienda modesta con apoyo de Crisis y los servicios públicos de la ciudad de Londres; conseguir algunos ingresos vendiendo primero y exhibiendo después algunas de mis fotos. Al principio exhibí en sitios que no eran propiamente



galerías: centros comunitarios, casas de asistencia para personas en situación de calle, pero poco a poco fui logrando el reconocimiento de mi trabajo como artista visual.

Entonces fueron otra vez los amigos de Crisis quienes me ayudaron a llenar la solicitud para participar en un programa novedoso llamado Unlimited. Se trataba de darles oportunidades a artistas de todo el país a los que tradicionalmente se les había marginado de las becas, los premios, los festivales: las personas con diversos tipos de discapacidad —física, o sensorial, o intelectual— o las personas en situación de calle, como yo. Eso me tiene hoy aquí, a punto de inaugurar la instalación sonora que realicé con el apoyo financiero de Unlimited.

A estas alturas he presentado mi trabajo en varias ciudades y diversos festivales del Reino Unido y pronto tendré mi primera exhibición fuera del país. La vida me ha cambiado, pero al mismo tiempo intento encontrar desde el arte formas alternativas para ayudar a las personas sin techo. No es una tarea sencilla, pero compartir mi historia ha servido para reconocer las otras dimensiones del problema que enfrentamos: las que tienen que ver con los derechos humanos, con la dignidad, con la vida misma.

Creo en el arte como una manera de comunicar algo que ha estado silenciado, un fenómeno ante el que la sociedad suele taparse un ojo y pasar de largo. A través de mi propuesta miles de personas se han acercado a mis instalaciones

sonoras en varias ciudades del Reino Unido para tener una experiencia desde adentro del fenómeno de los sin techo.

Basta con detenerse, mirar las fotos y escuchar los testimonios que grabé, y entonces el arte visibiliza una realidad, amplía el entendimiento de las personas, llama la atención lo mismo de los críticos especializados que de la prensa, de las organizaciones humanitarias o de los ciudadanos comunes. Mejor aún: mi historia personal y la manera en que he logrado comunicar una realidad por medio del arte han servido de inspiración a otras personas que viven la situación que yo padecí por años.

¿Pueden imaginarlo? Una sobreviviente de las calles como yo, convertida ahora no sólo en una artista, sino también en la voz de una comunidad que ha carecido de voz por décadas. He dado entrevistas para diversos medios de comunicación como la BBC, *The Guardian*, el *Daily Telegraph* y para muchos otros más. He asistido a debates en la radio y la televisión, incluso he sido invitada al parlamento británico para hablar del tema.

El arte me ha dado una herramienta de lucha social. Es un arte comprometido, no concibo otra manera de explicar mi trabajo. No deja de sorprenderme que algo que empezó hace dos años casi como un experimento, al día de hoy se ha presentado en festivales o galerías de Edimburgo, de Brighton, de Liverpool, de Glasgow y de Londres.

Cada ciudad que visito me da la oportunidad para invitar a los *homeless* del lugar a conocer mi proyecto y a sumarse a esta iniciativa. He dado talleres de foto a los sin techo; les he ayudado a gestionar cámaras y grabadoras con el apoyo de muchas organizaciones; me sorprende el entusiasmo con el que participan y aportan nuevas ideas y nuevos testimonios.

Hace no mucho, la organización internacional Civicus, que se aboca a documentar casos de violación de los derechos humanos, y la revista independiente *New Internationalist* convocaron con mi ayuda un concurso de fotografía para personas en situación de calle.

Ganó Steven, un *homeless* muy conocido en las zonas céntricas de Londres porque suele ganarse unos centavos pintando con gises de colores las banderas de los países en Picadilly Circus. Tú dile de qué país eres y Steven te pintará tu bandera en el suelo con gran detalle.

Steven concursó usando una cámara prestada y enviando una imagen muy simple. No es una foto artística para nada, es algo más simple y más contundente, acaso más triste: su foto es una denuncia. Lo que Steven envió al concurso es un bando redactado y pegado en las paredes por la policía del distrito de Westminster, uno de los más vistosos de la ciudad donde suelen pasearse millones de turistas diariamente:

Es un delito acostarse en las banquetas de esta zona peatonal o depositar cualquier objeto con el

que se pretenda construir una cama para recostarse. La persona sorprendida puede llegar a ser infraccionada hasta con 500 libras.

La foto de Steven ganó el certamen; también fue ampliamente reproducida por muchos medios y generó un gran debate, incluso logró que se revisaran en el país los presupuestos para la atención a las personas vulnerables y para la construcción de vivienda social. El poder de una foto.

De manera que con organizaciones como Crisis y Civicus llevamos a cabo talleres y foros donde hemos descubierto que mi historia puede replicarse de muchas otras maneras. El arte, ya lo decía, puede cambiar muchas vidas y las está cambiando.

Ahora mismo, allá afuera, me esperan Rafeik, Jessica y Darren. Juntos vamos a dar una charla sobre el tema como parte de la inauguración de esta noche. Ellos tres siguen viviendo en situación de calle, pero ahora se han animado a compartir las mismas historias y reflexiones que me brindaron para mi instalación sonora. Me emociona ver cómo ahora ellos, cuando hablan, miran a las personas de manera diferente: los ven a los ojos, les cuentan su vida, sus miedos, pero también les comparten sus aspiraciones, sus propuestas. Como yo, ellos ahora luchan contra la invisibilidad, contra el olvido y, al hacerlo, toman el micrófono lo mismo que toman la calle.

En efecto, hace unos meses frente al parlamento se organizó la primera protesta pública



que se recuerde en la que las personas sin techo acudieron con pancartas a gritar consignas en favor de sus derechos. Muchos otros ciudadanos se sumaron al mitin; comprendieron que no podemos seguir haciendo como si nada pasara.

La gente quizá imagine muchas razones por las que algunos se encuentren de pronto en la calle y desamparados, quizá los vean como villanos, seres moralmente inferiores que terminaron así a consecuencia de sus propios actos; o quizá

como víctimas, damnificados de la catástrofe social, títeres rotos de un sistema cruel, pero títeres al fin y al cabo, esto es, sin voluntad, sin albedrío.

Muchos quizá supongan que hay algo de culpa en la persona que vive esta situación extrema: porque es adicto, porque tiene alguna enfermedad mental, porque perdió el sentido de la vida y se derrotó, porque es perezoso, vividor o un vagabundo antisocial. Otros tal vez prefieran omitir las razones individuales detrás de cada caso y elijan explicarlo como una falla de la sociedad en la que vivimos: la injusticia, la pobreza, el capitalismo. “La culpa es del sistema”, dicen.

Pero lo cierto es que detrás de cada historia se esconden múltiples capas de ambas realidades. Los dramas personales y las tragedias sociales se entretajan y dan como resultado esto que estamos viendo en muchas de las grandes ciudades de nuestro tiempo. Y lo cierto también es que, por más abiertos, por más empáticos que seamos ante este fenómeno, la gente que no lo ha experimentado no alcanzará jamás a imaginar lo que representa la lucha de las personas sin techo por sobrevivir día tras día.

Algo debería quedar claro en todo caso: nadie escogió ese camino. No es una elección, es un resultado de múltiples causas; pero tampoco es una condena fatal, siempre hay esperanza mientras sigamos con vida.

Yo era una adolescente cuando me vi en la calle. Como muchos otros casos, detrás de mi vida se dibujan historias de fragmentación familiar, miseria, abandono, violencia, soledad. Las historias en estos casos se parecen tanto que no vale la pena repetir las. Aun en medio de estas vidas fracturadas, a veces aparecen historias de amistad, de solidaridad, de lucha; sólo que nadie las conoce, sólo que se van directo al sótano de lo invisible. No es casual, por lo tanto, que sea la fotografía, es decir, la imagen, la herramienta que elegí para hacer visible lo evidente.

Yo me vi de pronto en la calle, no lo elegí, pero sí elegí salir de esta situación. Yo quería vivir y contar mi historia; compartir mi experiencia y crear algo diferente, original, único, denso, a partir de todo esto. Esta noche dormiré en una cama, y mientras tú lees esto yo tal vez duerma, y tú también lo harás, y si al hacerlo te acuerdas de estas personas de las que te he contado, me sentiré más tranquila. Debo apurarme, me esperan muchas personas allá afuera en la inauguración. Terminé contándoles una adivinanza: ¿Qué es algo que mientras más lo ves menos lo ves, que mientras más aparece ante nuestra mirada más rápido desaparece de nuestra conciencia? ¿Ya adivinaron la respuesta? Se las digo: las personas que viven en la calle.

Para reflexionar y dialogar

Las cuatro historias que aquí se presentan nos ofrecen una enorme oportunidad para reflexionar sobre los retos de cualquier país que aspire a fortalecer su sistema democrático. En todos los casos, los acontecimientos, tal como venían sucediendo, responden a una tendencia que sufre un giro gracias a un claro elemento: la participación ciudadana, la decisión de una persona que con su acción cambia el rumbo de la historia, en mayor o menor medida. Estas jóvenes ejercen un liderazgo que convierte su acción individual en una preocupación colectiva.

Ofrecemos a los educadores y a los jóvenes esta herramienta para que, a partir del análisis de lo ocurrido en otras latitudes, podamos mirar hacia el interior de nuestras propias comunidades e iluminar posibles decisiones; acciones muy concretas para participar más activamente en la construcción democrática de México.

La recolectora de votos

Desde la Revolución de 1979 se sostienen elecciones en Irán, a pesar de todas las dificultades políticas o religiosas que puedan existir. Si bien no hay partidos políticos como nosotros los conocemos, sí hay asociaciones políticas que proponen candidatos. Al igual que en México, se instalan casillas en muchas poblaciones y, de manera paralela, persiste la recolección de votos como un esfuerzo de facilitar la participación de los habitantes de las poblaciones menos accesibles.

1. ¿Qué artículos de nuestra Constitución señalan los derechos ciudadanos en relación a votar y ser votados?
2. ¿Qué dice el artículo 34 de la Constitución mexicana sobre quiénes pueden votar y ser votados?

3. ¿Cuál es la Ley Federal que regula los procesos electorales en México?
4. ¿Por qué crees que a Nasim le incomodaba que una mujer fuera la funcionaria comisionada del Comité Electoral y que por tanto tuviera que acatar sus instrucciones?
5. ¿Por qué crees que Asadeh se empeñaba tanto en que los ciudadanos de su país votaran?
6. El sistema electoral de Irán prevé el método de recolección. ¿Cuál crees que sea el objetivo para este esfuerzo? Esta opción no está prevista en la legislación mexicana, pero ¿qué esfuerzos se hacen en México para que todas las comunidades puedan participar en el proceso electoral?
7. ¿Qué quiso decir Asadeh cuando le dijo a Nasim “ellos tienen su propio gobierno”? ¿Sabes si en México existen comunidades organizadas de manera similar?
8. ¿Cuál es una de las reglas que Asadeh señala para ejercer el voto cuando un hombre pretendía que varias mujeres que lo acompañaban votaran de manera grupal? ¿Sabes si esta regla está vigente para el proceso electoral en México?
9. La jornada electoral en México también contempla la participación ciudadana en su organización. ¿Sabes desde cuándo es así, cómo se incorporan los ciudadanos y en dónde está establecido el procedimiento?
10. ¿Qué valores vio Nasim en Asadeh para considerarla una candidata óptima para ser electa?

Una profesora en Kenia

Este relato se centra en la decisión de Jane de hacer valer a la población el derecho de acceso total a la educación, sin exclusión, que en Kenia se había ofrecido en el momento histórico en el que se sitúan los hechos.

1. Los papás de Jane no pudieron ir a la escuela. Gracias al esfuerzo de su familia, ella concluyó sus estudios como maestra y, como el mismo relato nos permite saber, las nuevas generaciones en aquel país ya tienen un camino andado para el acceso a la educación. ¿Crees que en nuestro país las generaciones anteriores tenían las mismas posibilidades para disfrutar de los servicios educativos? Como sociedad, ¿qué les debemos a nuestros padres, qué les debemos a nuestros abuelos en cuanto a lo que el país nos ofrece en materia de educación?
2. Revisa el artículo 3 de la Constitución mexicana y enumera cuáles con los principales elementos del derecho a la educación en nuestro país.
3. ¿Por qué el anciano de esta historia reclama su derecho a la educación con tanta firmeza?
4. ¿Sabes si en nuestro país hay adultos analfabetos? ¿Existen programas para atender este rezago? ¿Qué crees que en México podríamos hacer los jóvenes al respecto?
5. El inspector y algunos vecinos del pueblo donde se ubica la escuela no apoyaban la

idea de que el anciano fuera a la escuela. Jane descubre las verdaderas razones que ellos tienen y les pide tener una actitud conciliadora. ¿Qué significa esto?

6. ¿Por qué crees que la comunidad escolar de aquella aldea pedía el regreso de Jane como directora del plantel? ¿Qué valores reconocían en ella como maestra y como persona?
7. ¿Qué opinas de la actuación de David como profesionista y como esposo?
8. ¿Conoces alguien en tu comunidad que no tenga acceso a la educación por alguna razón? Si es una de las garantías de los Derechos Humanos consagradas en la Constitución, ¿cuál sería la manera de hacérsela valer?
9. ¿Cuál es el papel que jugaron los medios de comunicación al difundir esta historia?
10. ¿Qué dicen el artículo 1 de nuestra Constitución y el artículo 6 que hablan sobre la libertad de expresión, que es una garantía de los derechos humanos? Investiga sobre algún caso en tu comunidad o en el país en el que la difusión de una noticia haya servido para mejorar una situación concreta en cuanto a derechos humanos.

La madre agua

En los países latinoamericanos perviven pueblos originarios, aquellas culturas ancestrales que ya estaban en el territorio antes de la llegada de los españoles. Es el caso de los quechuas en el Perú, cultura a la que pertenece Nélide, que tienen una rica cosmovisión a partir de la cual interactúan con su entorno y con las otras culturas.

1. Así como los quechuas son parte de la conformación social del Perú, ¿sabes cuántas etnias tenemos en México? ¿Formas parte de alguna de ellas? Menciona aquella o aquellas con las que convives o están cercanas a la región donde vives.
2. Revisa el artículo 2 de nuestra Constitución y señala cuáles son los elementos más importantes a destacar.
3. ¿Qué hubiera pasado si Nélide y su comunidad no se hubiesen resistido frente a la propuesta de instalar una mina en su pueblo?
4. ¿Conoces algún caso en tu comunidad o en el país en el que la cosmovisión de un pueblo esté en contradicción con propuestas que se originan en otro ámbito? ¿Cómo crees que podría resolverse esa contradicción, considerando que la Constitución establece que los derechos humanos son para todos?

5. México es un país pluricultural. ¿Qué elementos y aportaciones culturales distingues que enriquecen nuestra vida cotidiana y que provienen de pueblos originarios?
6. Así como Nérida conoce la visión de sus antepasados y su relación con la naturaleza, investiga alguna leyenda o algún mito que desde la cosmovisión de alguna cultura indígena explique la relación del hombre con su entorno.
7. ¿Qué elementos de los recursos naturales identificas en tu comunidad que deben ser cuidados con mayor ahínco? Lee el artículo 27 de nuestra Constitución y platica con tus amigos acerca de los casos de uso y aprovechamiento de los recursos naturales que tú conoces en el país y en tu comunidad.
8. ¿Estás informado de algún caso de conflicto en México entre el cuidado del medio ambiente y la inversión de algún proyecto de desarrollo? Si el desarrollo es necesario y el cuidado de los recursos naturales también, ¿cómo pueden resolverse ese tipo de conflictos?
9. Para una resolución pacífica de los conflictos, ¿qué papel crees que deben jugar los jóvenes en cada comunidad?
10. El relato nos dice que Nérida ha decidido por lo pronto no tener hijos. ¿Qué dice el artículo 4 de nuestra Constitución sobre la decisión de los ciudadanos mexicanos de tener hijos?

¿Dónde dormí anoche?

Los países desarrollados han alcanzado un nivel de vida considerable que se traduce en el bienestar de la mayoría de las personas. Sin embargo, las características del mismo sistema han provocado que una parte importante de los ciudadanos quede excluida de esos beneficios, fenómeno que pareciera ser característico de países más pobres. Es el caso de Bekki, la *homeless* que se convirtió en artista visual como una opción de lucha social.

1. En nuestro país, si una persona no tiene un techo donde pasar la noche, las garantías Constitucionales de los Derechos Humanos están en falta. De acuerdo con el apartado I del artículo 1 constitucional, ¿qué derechos humanos no están siendo respetados para estas personas?
2. Bekki vivió varios años en situación de calle. Además de las incomodidades materiales, ¿qué era lo que más le afectaba de las personas con las que interactuaba en la calle?
3. Si alguien que vive en la calle tiene los mismos derechos ciudadanos que cualquiera, ¿cuál debería ser nuestra actitud frente a estas personas?
4. En tu comunidad, ¿hay personas que no tengan un lugar donde pasar la noche y tomen por casa el espacio público?

5. ¿Qué significa visibilizar? En nuestra sociedad mexicana, ¿quiénes, además de la gente en situación de calle, consideras que no cuentan con la visibilidad que se requiere para ser considerados en la toma de decisiones que les permita contar con los beneficios que todo ciudadano merece?
6. ¿Cuál es el poder del arte, según el relato? ¿Qué se logra a partir de las fotografías de Bekki?
7. ¿Conoces alguna organización cercana a ti que se dedique a trabajar a través del arte con personas necesitadas?
8. Analiza el artículo 4 constitucional y resume en qué consiste el derecho a la cultura y los derechos culturales
9. ¿Cómo podemos, como sociedad, involucrarnos para corregir la falta de atención a personas y grupos que carecen de lo necesario para una vida digna?
10. Propón un proyecto artístico, de cualquier disciplina, que dé visibilidad a personas necesitadas de tu comunidad, aquellas que tengan diversas carencias.



Historias, revueltas

se terminó de imprimir en noviembre de 2017,
en Imprenta Romosso, Mixtecas #499 bis,
Ciudad de México, C.P. 04300.

Se utilizaron las familias tipográficas Bulmer MT std y Open Sans,
papel Bond de 120 gramos con forros en sulfatada de 14 puntos.

La edición consta de 5,000 ejemplares.



ROSAURA MUÑOZ, mejor conocida como John Marcelline, estudió diseño gráfico en León, Guanajuato, pronto se dio cuenta de que su verdadero interés era el dibujo secuencial, los libros ilustrados y las historias fantásticas, por lo cual abandona el ejercicio del diseño y se vuelve animadora. Después de algún tiempo y debido a muchas circunstancias, cambia su lugar de residencia a la Ciudad de México en 2014, en esta ciudad estudia el diplomado en ilustración en la Academia de San Carlos y a partir de ese momento se ha dedicado a ilustrar libros, desde cuentos sobrenaturales hasta leyendas prehispánicas. Actualmente dedica más tiempo a hacer cómic y espera que en el futuro más libros sean ilustrados por sus manos.



Historias, revueltas es una propuesta literaria para jóvenes que agrupa cuatro relatos basados en hechos reales. Provenientes de diversas latitudes, estas narraciones muestran las posibilidades que los jóvenes tienen de participar activamente en la defensa de los derechos humanos y en el respeto a la diversidad en las diferentes comunidades.

Se trata de textos amenos, magníficamente ilustrados, con personajes y situaciones cuya fuerza nos lanzan a la reflexión, ya sea a través de la experiencia individual o bien como resultado del trabajo de lectura grupal. Además, se incluyen algunos apoyos didácticos que permiten vincular estas historias con acontecimientos de un entorno más cercano al mexicano con el objetivo de que el lector pueda ubicar nuestros propios referentes constitucionales en cuanto a los Derechos Humanos y lo que los ciudadanos podemos hacer para su cabal cumplimiento.